

Semblanza de Norberto González Crespo

V.V.AA.

El 17 de septiembre de 2012 falleció nuestro colega y compañero Norberto González Crespo; con motivo de su deceso, un grupo de compañeros y amigos de Norberto publicó varios artículos en *El Tlacuache*, suplemento cultural de *La Jornada Morelos*, el pasado 30 de septiembre. Con autorización del Comité Editorial se incluyen en el presente número de *Arqueología* dichos textos, como un sincero y sentido homenaje al colega y amigo Norberto. Se incluyen también dos textos escritos por sendos arqueólogos investigadores de la Subdirección de Investigación y Conservación de la DEA, quienes con sus remembranzas participan en este sentido recordatorio-homenaje a Norberto González Crespo.

En recuerdo de Norberto González¹

Fernando Sánchez-Martínez

Ésta no es una nota necrológica, todo lo contrario, se hace con la intención de rememorar a un gran amigo a quien conocí en el año de 1968, como director de Salvamento en el entonces Departamento de Prehistoria.

Durante su trayectoria fue docente en la ENAH y en la Universidad de las Américas. Director del Centro Regional del Sureste (que abarcaba los estados de Quintana Roo, Campeche y Yucatán). Director del Centro INAH Morelos, en donde dio

gran impulso al Proyecto del Jardín Etnobotánico y al Museo de Medicina Tradicional; fue presidente del Consejo de Arqueología; director de la DICPA (DEA) y, desde 1993, director del Proyecto Arqueológico Xochicalco, logrando que este sitio fuese declarado Patrimonio de la Humanidad, a pesar de las supuestas intervenciones fallidas que últimamente le achacaban.

Cuando una persona muere, aflora una gran cantidad de recuerdos de aquellos momentos que se compartieron juntos y de los cuales queda una grata memoria: reparar, entre gritos y manotazos, una falla en las computadoras o en otros artefactos.



● Retrato de Norberto González Crespo. (Fotografía de Rafael Martínez Chilpa).

¹ Tomado de *El Tlacuache*, suplemento cultural de *La Jornada Morelos*, núm. 537, 30 de septiembre de 2012.

to con su inseparable e infalible *mototool*, con vivir y “con beber” en una reunión de amigos mutuos o en una familiar, al tomar fotografías de un objeto artesanal o de uno arqueológico, en los viajes de vacaciones con nuestras familias, en fin, una gran cantidad de momentos gratos.

No lamentamos su muerte, la asumimos como un proceso biológico, todos en algún momento nos tenemos que morir; por el contrario, agradecemos que nos haya dado la oportunidad de compartir su compañerismo, sus conocimientos, su compañía y lo que es más apreciado, su amistad.

Agradecemos, también, que nos comentara de viva voz y de frente, nuestros errores, sin caer en el menosprecio a trasmano, o en los infundios y en el demérito de los que algún momento colaboramos con él, por otra parte y olvidando los agravios, ayudaba en todo lo que podía a sus detractores. Elogiaba los aciertos.

Es difícil aceptar la partida de aquellos a los que une una amistad, esto pasa con el “González” como yo le llamaba.

Gracias por tu compañía durante todos estos años y lo más importante e invaluable, que nos uniera una gran amistad.

“González”, en donde te encuentres,
recibe un abrazo fraterno. “Hasta pronto,
Norberto”²

Luis Miguel Morayta M.

Hace unos días la comunidad del Centro INAH Morelos volvió a tener una sentida pérdida, la del Arqlo. Norberto González Crespo. Las líneas que a continuación me voy a permitir expresar surgen de mi experiencia personal de haber convivido con él de manera cercana, sobre todo en cierta época de mi vida, gracias a su esplendor como profesor y como persona, y a la de su esposa Silvia.

Su amplia y destacada trayectoria profesional, como arqueólogo y como formador de varias generaciones de estudiantes, así como la intensa calidez humana que supo brindar, calaron hondo en el ambiente de sus colegas y amigos. Norberto fue parte del INAH por más de cuatro décadas.

² *Idem*

Perteneció a lo que alguien llamó el “viejo INAH”. En éste, las grandes figuras a través de la práctica directa con sus “aprendices” les transmitían su saber. La diferencia con el “nuevo INAH” es la mística institucional que transmitían. Tal vez por lo más reducido de aquel INAH, había una cercanía y una relación emotiva viva entre los sus miembros. No se podría dejar de señalar un cierto canibalismo que no ha estado ausente en ninguno de los dos “INAHs”.

Norberto se formó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. En este proceso tuvo experiencias muy enriquecedoras, entre las cuales recordaba con mucho entusiasmo la que tuvo con el Prof. Pedro Armillas. Una de las prácticas de campo que realizó con el Prof. Armillas lo llevó hasta Xochicalco, Morelos, sitio del que quedó tan impactado que se volvió uno de sus proyectos de vida. Ya como arqueólogo formó parte del Departamento de Prehistoria que dirigía el arqueólogo José Luis Lorenzo. Bajo este excepcional y rígido investigador, Norberto logró adquirir una aptitud sin igual en la metodología de campo. Junto con Norberto se formaron arqueólogos de la talla de Jaime Litvak y Raúl Arana, Junto con este último, considero que son de los más avezados arqueólogos de campo que han existido en México, sobre todo en la lectura arqueológica del paisaje.

Al inicio de la década de los setenta entró como profesor al Departamento de Antropología de la Universidad de las Américas. Su presencia fue muy singular en esta universidad. Por un lado era un cuestionador y a veces un verdadero irreverente hacia la antropología norteamericana, que dominaba el ambiente de este departamento, y aun hacia lo conservador de la sociedad poblana. Había cierto recelo entre los profesores del departamento, no sólo por lo anterior, sino también por la agudeza de sus comentarios al evaluar una tesis o simplemente al polemizar. Además, era un profesor carismático, entretenido, cuestionador y muy solidario. Lograba despertar en los alumnos una participación entusiasta, que hacia que éstos se brindaran lo más posible.

Las prácticas de campo arqueológicas que realizó en esta universidad eran verdaderas experiencias de aprendizaje y de agarrarle el gusto a la arqueología de campo. Tuve el privilegio de ser

su asistente en las excavaciones de La Manzanilla, Puebla, y Las Pilas, Morelos. En las dos ocasiones conocí el encanto que el trabajo de campo tenía para Norberto. Esa fascinación la sabía transmitir. Conocí entonces también su desmesurada energía rayando en la hiperactividad, a la cual no pude seguirle el paso más que tres días, en cuya noches no pude haber dormido más de tres horas. Después del trabajo de campo llegamos al campamento a trabajar en los reportes, dibujos y trazar los levantamientos. Luego venía la copa, los chistes, la música y a veces el baile hasta que la madrugada iba noqueando a cada uno, menos a Norberto, nunca supe si se llegaba a dormir.

De la UDLA pasó a ser director de Centro Regional del Sureste por más de una década. Hay quienes recuerdan allá su importante trayectoria en beneficio de ese centro. Luego pasó a la dirección del Centro INAH Morelos. En esos días yo estaba en el Centro Regional Hidalgo, trabajando en la Huasteca hidalguense. Yo tenía muchas razones para regresar a Morelos, pero al saber que Norberto sería el director de este Centro Regional terminé por convencerme de que debía regresar.

De la dirección del Centro INAH Morelos pasó a ser coordinador de varias instancias centrales del INAH. Esas andanzas por el D.F. y el país alejaron de él a quienes estábamos en Morelos, hasta que regresó y se encargó, junto con Silvia, del sitio de Xochicalco, que fue su anhelo desde estudiante.

Sé que estas líneas las he plasmado desde mi muy particular experiencia personal, lo siento pero no podía ser de otra manera. Quise compartir algunos ángulos de la vida de Norberto que ayuden a apreciar mejor a quien tan honda huella ha dejado en algunos de nosotros. Los que lo conocieron en años más recientes difícilmente podrán adivinar la personalidad que había dentro de quien, cigarro en mano, pasaba velozmente junto de uno, dando oportunidad de platicar con él sólo unos segundos. Su mente inquisitiva y aguda, buscándole el porqué y el cómo a todo. Su humor y ganas de echar relajo, incluyendo complicidades en las bromas. Su solidaridad y calidad humana y sus capacidades únicas como arqueólogo tal vez han sido más evidentes para los que tuvimos el enorme privilegio de compartir su amistad. Cada vez que nos veíamos tenía el mismo diálogo:



● Arqueólogo Norberto González Crespo en la zona Arqueológica Las Pilas, Jantetelco, Morelos. México. ca. 1975./Serie fotográfica: "Arqueología en Morelos en los años 70's"/Conaculta, INAH-Morelos. Fototeca Juan Dubernard.

¿Quihubo Nor? ¿Qihubo Mikelus? No necesitábamos más. Gracias Nor, hasta pronto.

La memoria de un arqueólogo: Norberto González Crespo en Xochicalco³

Erick Alvarado Tenorio

Conocida desde los tiempos de Fray Bernardino de Sahagún, descrita en las obras del barón de Humboldt y Julio Verne, visitada por la emperatriz Carlota, la zona arqueológica de Xochicalco fue abierta al público probablemente en 1910, con motivo de las celebraciones del Centenario de la Independencia, aunque se desconoce la fecha exacta de su inauguración debido al estallido de la Revolución Mexicana.

A diferencia de Teotihuacán, que se inauguró el 13 de septiembre de 1910, con la presencia de Porfirio Díaz, Justo Sierra y Leopoldo Batres, en Xochicalco los primeros brotes de la lucha armada impidieron una ceremonia oficial de apertura. Se sabe que Porfirio Díaz trató de visitar el sitio prehispánico, pero sólo alcanzó a llegar a la Casa del Olindo —actualmente sede del INAH en Morelos— por temor a los alzados zapatistas.

A más de un siglo de aquellos hechos, los arqueólogos hablan de la ciudad-fortaleza de Xochicalco, cuyo nombre significa "Casa de las flores". Su predominio político, religioso y co-

³ *Idem.*

mercial tuvo lugar durante el periodo Epiclásico (650-900 d.C.) y su intempestiva caída todavía sigue siendo motivo de estudio. Xochicalco despertó el interés del arqueólogo Norberto González, quien entre 1991 y 2011 se propuso tener un mejor conocimiento de los niveles superiores del sitio, consolidando además los muros de la entrada de El Observatorio. En esta última etapa se construyó el museo de sitio para mostrar a través de seis salas las decenas de piezas y estelas que han sido encontradas durante cien años de exploración e investigación.

Como arqueólogo se abocó, además, a estudiar el misterio de la caída de Xochicalco mediante investigaciones sumamente minuciosas, donde descripciones, planos, cortes arquitectónicos y registros fotográficos son vitales en el conocimiento del sitio.

Para Norberto González, responsable de exploración en el sitio durante veinte años, la repentina caída de Xochicalco víctima del fuego y el saqueo siguió implicando misterios, pues como expresó: “Tenemos dos hipótesis: una apunta a una disputa entre dos grupos de poder, mientras la otra se inclina por una revuelta popular” (González Crespo y Garza, 1998: 22-25).

La labor de Norberto puede considerarse primordial si se toma en cuenta su énfasis en la reconstrucción de la memoria de Xochicalco, ya que destaca que la evidencia arqueológica y el material ubicado en el área de la Acrópolis permiten entender la inestabilidad política y económica existente, y la creciente militarización del área mesoamericana.

Describió que en un altar policromado, localizado alrededor del Juego de Pelota del lado este, se observa un glifo que representa a dos bandos gobernantes “compuestos por siete y nueve personajes, respectivamente, con vírgulas de la palabra, pero de mayor extensión y rodeadas de pedernales, lo que refiere una acalorada discusión”.

También destacó la hipótesis del descontento social: “Es posible que el pueblo decidiera rebelarse, dado que Xochicalco es una de las metrópolis con mayor cantidad de construcción por metro cuadrado, y levantar esto en dos siglos representó una mano de obra constante y ardua, lo que pudo originar un descontento generalizado”.

A su vez, en los fosos de la Acrópolis se localizaron entierros, algunos con cerca de 80 esqueletos, que refuerzan esta teoría. Además, nos refería: “la élite iba adornada y ninguno de los esqueletos encontrados ostenta joyas; es obvio que hubo saqueo” (*idem*). Señalaba que la mutilación y dispersión de esculturas y otros elementos sagrados, así como la existencia de una gran cantidad de carbón en el área central de Xochicalco, eran indicadores de que seguramente hubo un gran incendio.

La ciudad fortificada de Xochicalco representa lo que en su momento debió ser la ciudad, estimaba el arqueólogo Norberto González, por lo que continúa siendo pertinente su exploración.

“Si un grupo pelea con otro por el poder, uno de ellos continúa al frente, pero cuando es el pueblo el que se rebela, acaba con todo: gobierno, control de impuestos y tributos. La ciudad muere sola y en pleno apogeo, cuando tenía alrededor de 25 mil habitantes”, así resumía el arqueólogo Norberto González Crespo su apreciación acerca del final de Xochicalco, entre textos, pláticas y publicaciones de su autoría (Sáenz, 2011).

Con un registro de miles de visitantes anualmente, el sitio de Xochicalco, patrimonio Cultural de la Nación, fue inscrito el primero de diciembre de 1999 en la Lista de Patrimonio Cultural de la Humanidad de la UNESCO, en gran parte gracias a las investigaciones que Norberto realizó durante más de 20 años y que han servido para ampliar nuestro conocimiento acerca de los misterios que rodean a uno de los sitios arqueológicos más importantes de nuestro país.

Referencias: González Crespo, Norberto y Silvia Garza Tarazona, “La Pirámide de las Serpientes Emplumadas”, en *Arqueología Mexicana*, vol. V, núm. 30, marzo-abril, 1998, pp. 22-25. Sáenz, Jorge Luis, “Xochicalco y la Revolución mexicana”, en *INAH Noticias*, 23 Noviembre 2011.

Xochicalco y sus hallazgos faunísticos⁴

Eduardo Corona-M.

El sensible deceso del profesor, colega y amigo Norberto González Crespo fue impactante, tanto

⁴ *Idem.*

en lo personal como seguramente para la comunidad del INAH y de los arqueólogos mesoamericanistas. Sin embargo, persistirán su curiosidad, que combinada con su humor, bonhomía y espíritu combativo fueron, a mi juicio, componentes que siempre aplicó en sus temas de investigación e interés y, por supuesto, en sus luchas individuales. Deja tras de sí una influyente trayectoria académica, insuficientemente reconocida por la institución a la que sirvió por muchos años, y que como se ha visto en otros casos de destacados académicos se cubre con indiferencia y olvido, abonada por supuestas “diferencias”, lo que para infortunio se ha convertido en una nefasta práctica institucional.

No está demás mencionar que el nombre de Norberto y Xochicalco se encuentran íntimamente asociados, dirigió ese proyecto de investigación por más de dos décadas, y sumó conocimientos a una de las localidades emblemáticas del Epiclásico mesoamericano, que había sido reportado por ilustres nombres como el de fray Bernardino de Sahagún, José Antonio Álzate, Alejandro de Humboldt y Leopoldo Batres. La zona arqueológica, como se conoce en la actualidad, fue producto de sus exploraciones; fue promotor del museo de sitio con su diseño integrado y eco-amable, eso sin contar sus varias intervenciones en sitios de Morelos y de Yucatán, donde también fue directivo e investigador.

No es mi intención hacer un recuento de sus muchos logros, habrá colegas que lo conocieron más y mejor, tendrán argumentos más sólidos para evaluar su trayectoria, yo sólo busco encontrar un marco para este modesto y personal homenaje que comprende un breve resumen de los hallazgos de fauna en el sitio arqueológico de Xochicalco, los que me permitieron compartir algunos momentos con él, con Silvia Garza y su equipo de trabajo, para asomarme a esa ventana de tiempo con su sorprendente pasado.

La diversidad faunística y su asociación a las jerarquías

Este sitio es parte de los sitios patrimonio de la Humanidad establecidos por la UNESCO, tiene una ubicación privilegiada dentro de la llamada Zona

Transicional Mexicana, donde se entrecruzan las dos grandes regiones biogeográficas americanas: la Neártica y la Neotropical. Esta ubicación particular es escenario de una alta diversidad zoológica, misma que fue utilizada por los antiguos habitantes de Xochicalco, donde se ha encontrado una mezcla de fauna asociada a las regiones mencionadas.

De las diversas excavaciones se han hallado 17 vertebrados, tales como pescados, reptiles, aves y mamíferos. De este último grupo predominan los restos de puma (*Puma concolor*), venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*), perro doméstico (*Canis familiaris*), que incluye un ejemplar de rostro corto poco conocido, lince (*Lynx rufus*) y jaguar (*Panthera onca*).

Dado que el sitio arqueológico muestra una estructura altamente jerárquica en lo social, la investigación nos sugirió que también la fauna tuvo ciertos procesos de selección y preferencia de acuerdo con el nivel social.

Así el pecarí (*Pecari tajacu*), el jaguar, el lince y el cocodrilo de río (*Crocodylus acutus*), se hallaron en los sitios ocupados por la elite local y mayormente usada para aspectos de clase ceremoniales, sea como ofrendas y como materia prima de artefactos simbólicos. La mayoría de estos organismos se asocian a la región neotropical, además de que tampoco son de fácil disponibilidad, sea por su dificultad de obtención y/o por la distancia involucrada en su obtención, lo que permite considerarlos como “fauna lujosa”.

Un segundo grupo comprende al perro, al venado cola blanca y el puma, que se considera fauna de amplia distribución, por tanto con mayor disponibilidad y de una obtención relativamente sencilla, eso nos ayuda a entender porque sus restos son abundantes y se asocian a la mayoría de los sectores arqueológicos analizados.

Un tercer grupo comprende animales de un hábitat acuático, como el bagre, patos, tortugas, nutría de río y liebres. Éstos también son de amplia distribución, lo que nos sugiere que eran recursos obtenidos localmente en las afluentes del río Tembembe, por lo que los pobladores afuera del núcleo principal de la ciudad consumían recursos distintos, reforzando la idea de una profunda estructura jerárquica.

Las representaciones en losas labradas

En los trabajos de exploración efectuados por González y Garza se recobraron cerca de 400 losas labradas con representaciones de fauna, a partir de los dibujos de la Mtra. Silvia Garza se hizo una primera selección de 286 que presentaban figuras reconocibles. Debe destacarse que Xochicalco presenta una de las muestras más abundantes y diversa en representaciones labradas, que la hace un caso particular en Mesoamérica.

Hasta el momento se pueden reconocer mariposas, con cuerpos completos e incompletos. En algunos casos presentan atributos simbólicos como fauces, lenguas y colmillos, y se continúan revisando para evaluar si no corresponden a murciélagos.

De vertebrados se encuentran víboras de cascabel, culebras, búhos, pavos de monte (crácidos), gallinas de monte o codornices y guajolotes, rapaces diurnas (águilas y/o halcones), pericos, correcaminos, cucúlidos, pájaros cantores (sin identificación específica). En cuanto a mamíferos, cánidos (perros, zorros, lobos, coyotes), felinos (pumas y jaguares).

También debe señalarse que no toda la fauna de las losas se encuentra representada por restos óseos, lo que incrementa la diversidad conocida por los xochicalcas.

El culto a los felinos

Otro ángulo importante de Xochicalco es la cantidad de felinos, tanto en restos óseos, como en representaciones (losas labradas y esculturas). Éste es uno de los sitios más tempranos de Mesoamérica donde hay mayor diversidad de felinos, que abarca pumas, jaguares y lince.

Si bien se ha hablado del culto al jaguar, en este caso debe hablarse en plural. En el caso de los restos óseos se han encontrado huesos de las patas con marcas de cortes que sugieren su usos como capas de piel, tal y como se muestran en el contemporáneo sitio de Cacaxtla. Otros presentan huellas de haber sido como ornamentos o símbolos de poder.

Las representaciones de felinos sugieren un profundo conocimiento naturalista y anatómico de este grupo, ya que se les muestra en diversas poses lo que es producto de largos procesos de observación, y además sugiere ciertos procesos de cautiverio, ya que en varios casos son mostrados con sogas en el cuello.

Colofón

Como se puede observar, los estudios de fauna que promovió Norberto Gonzalez para Xochicalco arrojan mucha información nueva e interesante sobre las relaciones humano fauna en Mesoamérica, los que fueron un catalizador para la instalación de la actual Unidad de Estudios Básicos en Arqueobiología del Centro INAH Morelos, estoy con deuda intelectual por la oportunidad prestada.

Para leer más:

- Corona-M. E., N. González y S. Garza, 2001, "Feline's cult in Xochicalco, Morelos", en *Proceedings & Abstract of the 9th International Archaeozoology Conference, ICAZ, Durham*.
 Corona-M. E., 2008, "Zoogeographical affinities and the use of vertebrates in Xochicalco (Morelos, Mexico). *Quaternary International*, 180: 145-151.
 Corona-M. E. 2012. Las losas labradas de Xochicalco. Libro de resúmenes del 8avo. Congreso Nacional de Etnobiología, Tabasco.

Pedro Francisco Sánchez Nava

*"Calaverita" sin fecha, proporcionada por Silvia Garza

La muerte trataba en vano
 de capturar a Norberto,
 sería más fácil hallar
 una aguja en el desierto

— Es como un temblor de tierra-
 — No logramos alcanzarlo
 Reportaban a la parca
 — no hay forma de capturarlo-



- Arqueólogo Norberto González Crespo en la zona arqueológica, Chalcatzingo/Jantetelco, Morelos, México, ca. 1975/Serie fotográfica: "Arqueología en Morelos en los años 70"/Conaculta/INAH-Morelos. Fototeca Juan Dubernard.

Sedentario nunca ha sido
sino todo lo contrario,
Va de Córdoba a Moneda,
de Verdad a Seminario.

La muerte ya está mareada
piensa rendirse la flaca,
pues se la pasa viajando
de México a Cuernavaca.

Una huella de coraje, decisión, entereza
y humanismo⁵

Hortensia de Vega Nova

Entre los años 1979 y 1980, cuando varias personas luchábamos porque en el INAH se creara el Departamento de Arqueología Subacuática y eras todavía director del Centro Regional Yucatán, Campeche y Quintana Roo, recuerdo claramente que recibiste con gusto la noticia de que zarparíamos de las costas de Campeche en un dragaminas que nos había facilitado la Armada de México a

⁵ Texto publicado en *Colectivo En el Volcán. Corriente crítica de trabajadores de la Cultura en el Estado de Morelos* [www.enelvolcan.com].

realizar una expedición para excavar un pecio que se encontraba bajo las aguas del Golfo de México. No solo hiciste todo lo posible por ayudarnos, sino que tuviste el coraje de acompañarnos por más de un mes entre las tormentosas aguas que sufrimos durante nuestra estadía en aquel aislado arrecife. Esa temporada de trabajo me dio la oportunidad de conocer el amor fraternal y respetuoso que tu corazón acogía, la fuerza y la entereza de tu carácter, demostradas cada día en tu actitud frente a las inclemencias del tiempo y la constante alegría que despedías en todo momento y en todo lugar, no obstante que todo el barco estaba protegido con una espesa y pegajosa grasa que nos obligaba a mantener nuestro cuerpo constantemente cubierto de ropa. Sin lugar a dudas, en esa ocasión decidí que en el futuro me gustaría tener un jefe como tú y quedé convencida cuando, al llegar de regreso a puerto, estaba parada, esperándote, tu esposa Silvia y tus hijitos Norberto e Ian, que en aquella época eran muy pequeños. Pude observar cómo los abrazabas y con ello el círculo se cerraba... ¡también eras un buen padre!

Los 10 años que participé en las excavaciones arqueológicas que dirigías en la zona arqueológi-



- Retrato de Norberto González Crespo. (Fotografía de Rafael Martínez Chilpa).

ca de Xochicalco, en el estado de Morelos, nunca cambiaron aquella primera impresión. Al contrario, el tiempo compartido a tu lado me permitió ir descubriendo nuevos atributos en tu corazón. ¿Cómo olvidar las conversaciones que diariamente, en las horas más tempranas del día, sostenías con muchos de nosotros frente a una taza de café? ¿Cómo pasar por alto la preocupación que demostraste tener por nuestro bienestar personal, anteponiéndolo a cualquier circunstancia? No, nunca nos trataste como colaboradores, nos supiste abrigar como un padre. La inquietud que te caracterizaba era enloquecedora, pero con ella supiste inyectar energía a nuestro trabajo cotidiano.

Sí Norberto, más que un jefe, siempre fuiste un gran amigo. Gracias por todo lo que me brindaste. Es una gran pena no tenerte más. Descansa en paz.

La energía y la sensibilidad de nuestro jefe, compañero y amigo Norberto González Crespo

Paul Hersch Martínez⁶

Aunque estemos desolados, en permanente atención y movimiento, Norberto González Crespo continua incesante su intenso andar eléctrico entre nosotros.

Como jefe y compañero de trabajo, solidario e impaciente, sin doblez, Norberto dio siempre seguimiento a lo que emprendía, incluyendo el apoyo concreto a muchos trabajadores de todo nivel. Muy lejos estuvo siempre de la inercia burocrática, del cálculo mezquino, de la prepotencia y de la peculiar práctica de la autojubilación.

En el Balsas, en la Península de Yucatán, en Xochicalco, se volcó como arqueólogo sin escatimar en reflexiones y propuestas, muy lejos también, por cierto, de quienes, al amparo de un Consejo hoy evidenciado en su insignificancia y medianía, se descalificaron categóricamente a sí mismos al pretender descalificar su desempeño.

El paso del tiempo, que usualmente clarifica y revela el alcance y la calidad del trabajo de muchos, en su caso no fue necesario para evidenciar la magnitud del suyo. Fue además, en el ámbito

cotidiano de las relaciones personales, donde muchos compartimos el privilegio de su trato llano, sensible, agudo y siempre directo. No había rodeos. Sinceramente, me cuesta mucho trabajo imaginarlo descansando en paz.

Tres, de entre muchas, anécdotas con Norberto

Ángel García Cook

En 1970 estuve un mes, iniciando los trabajos de salvamento arqueológico, en el área del futuro embalse de la Presa de la Angostura. Uno de los primeros días viajamos —Norberto, Jesús Mora y yo— en el río Grijalva a contracorriente, acompañados de un lancharo experimentado en la región que trabajaba con la CFE. Yo tomé la iniciativa de llevar una bitácora de todo cuanto obstáculo se observaban a nuestro paso: una roca saliente aquí, una estaca allá; un cantil que había que tomarlo de frente para poder ascender contra la corriente del río; una playa donde habitaban lagartos, etcétera, etcétera.

Al día siguiente viajamos solos; Norberto González como piloto y “capitán” de la expedición, Jesús Mora y yo, como sus acompañantes y sus “achichincles”. Como yo tenía bitácora del viaje del día anterior viajaba al lado del piloto para indicarle la ruta a seguir y prevenirlo de los obstáculos a los que nos enfrentábamos. Todo iba bien, una nauhyaca por allá, a la que disparó Jesús, misma que no encontramos cuando fuimos a buscarla; una playa con lagartos asoleándose, etcétera. Antes de llegar al “Potro”, un “rápido” del río, por cambio de nivel y estreches del arroyo, lugar en que había naufragado y fallecido el hijo de Pablo Busch —entonces dueño de una cadena de agencia de ventas de automóviles— les pregunto a los compañeros: nos volteamos —en la lancha se entiende— antes o después de comer; antes, contestaron los compañeros. Y así fue. Nos dirigimos al Potro y Norberto me grita: ¡Ponte el salvavidas! Tu ni nadar sabes. Y así lo hice, me coloqué de tal forma el salvavidas, que posteriormente al voltearse la lancha ni siquiera se mojó una caja de cerillos que me coloqué en la bolsa de la camisa.

⁶ *Idem.*

Y nos volteamos y yo creí —sin asustarme— que me iba a morir, ya que quedé debajo de la lancha y según yo me hundía, hasta el fondo del río y salía; y salía pero topaba con la lancha; me volví a hundir y volvía a topar con la lancha —ésta “boca abajo” — y en la segunda ocasión dije, si no salgo en está —la tercera ocasión— me voy a ahogar, así que en la tercera, choqué con la lancha, agarré el asiento lo “camine” o recorrí a todo lo ancho y aventé la lancha hacia un lado y salí a flote... Yo estaba feliz, no sabía nadar y andaba flotando como si nada. Agarré una mochila, tomé una caja, “caja roja” —caja metálica con aristas y traveses de madera— ésta se abrió y me pego en el pecho con fuerza, entonces la solté; cogí una caja de cereal (con cajitas pequeñas en su interior); una bota de Chucho, y una mochila, pero entonces oí a Norberto que desesperado me gritaba (él se encontraba sobre unas rocas deteniendo la lancha con una cuerda que le habíamos amarrado para atracarla), y antes de caer de la lancha, con la agilidad que le caracterizaba, tomó la cuerda, nadó y se subió a las rocas desde donde contenía la lancha y me buscaba, gritándome y buscándome como desesperado. Yo vi a *Chucho* que estaba espantado y como el golpe de la caja roja metálica me sacó sangre interiormente, me acerqué a él, ya caminando sobre las rocas tenía mis botas bien puestas— y le dije: *Chucho, Chucho*, mira... y escupí sangre para que la viera... Él se espantó y me dijo, oye ven, ¿qué te pasó?, a lo cual repuse, que ven ni que ven, vamos a ayudar a Norberto para sacar la lancha, y corrí a ayudarlo. Me quité el salvavidas para moverme mejor, lo tiré y llegué a ayudar a Norberto, pero me subí a unas rocas dentro del río y Norberto me regañó, me dijo: ¡sácate de aquí, te puedes caer al río y ni nadar sabes! Y me salí.

Esa tarde sólo comimos una cajita —¿o dos? — de cereal cada uno y con los cerillos —que no se mojaron— hicimos fuego para “protegernos” del frío, y medio dormimos entre unas rocas, rodeados de catres de campaña que se habían salvado. Entre otras cosas, se perdieron —por que se las llevó el agua— la caja roja y una mochila, con foto aérea de la región, planos, cámara fotográfica, unos gemelos, etc.; una bota de *Chucho* y un rifle automático no me acuerdo si de *Chucho* o de

Norberto. La mochila que salvé, contenía mi ropa y enseres personales... Esa misma noche, entre otras cosas oímos unos gritos como de niño y Jesús decía que era un animal —coyote, tigrillo— y Norberto dijo que no se trataba de un ave grande... Tiempo —algunos días— después, entrando al zoológico de Tuxtla Gutiérrez, oí —oímos— el mismo grito, y efectivamente se trataba de un ave: de una arpía.

— 0 —

En 1964, estando en los trabajos de salvamento arqueológico de la Presa Infiernillo, tuvimos algunos sucesos interesantes de comentar, uno de ellos es el que a continuación referiré. Estábamos en campo: Lorena Mirambell, Lourdes Suárez, Silvia Garza, Norberto González Crespo, Jonathan Guevara y el que escribe, al menos en una etapa.

Resulta que uno de los obreros de Norberto, se enamoró de una chica de Infiernillo, lo hizo perdidamente, y sufría por ella, y decidió casarse con ella —le ha de haber informado que iría a pedir su mano— y le pidió a Norberto que lo acompañara, para hablar con la chava y pedirle que se casara con él. Norberto, a su vez nos pidió a nosotros que los acompañáramos en esta empresa.

Pues ahí vamos Lorena, Lourdes, Silvia, Norberto, en fin todos los arqueólogos a pedir la mano de la susodicha. ¿Dónde? La petición fue en su lugar de trabajo y a quien se le solicitaría sería a la dueña del “changarro” donde trabajaba.

Una vez con el “novio”, éste nos llevó al lugar indicado, se trataba de una cantina y la “chava” era una piruja —mesera supuestamente—; y nosotros muy formales, encabezados por Lorena comentamos ¿qué hacíamos ahí?, pero se cumplió con el ritual y se pidió su mano.

No, ni hablar, la chica dijo que no, que de ninguna manera dejaría de trabajar, que la pasaba bien con él, pero que no estaba enamorada y muchos menos se iba a casar. El “chavo”, suplicó, lloró, pero ella dijo muy claro, y de buena manera que no; que ella era puta y que por el momento no pensaba en dejar su profesión. A la dueña de la cantina no le costó negarse en nada, ella “la

novia”, había tomado la decisión y entonces nuestra labor fue la de convencer al “novio” para que nos retiráramos de ahí y que la dejara y que la olvidara. Como ella mismo lo dijo, no estaba enamorada de él ni de nadie que solo estaba entregada a su “trabajo”.

Así que salimos “tristes” —aguantándonos la risa y la vergüenza—, y ahora Norberto tendría la misión de consolarlo y convencerlo que la olvidara.

Por cierto, con esta visita pudimos también conocer el mecanismo, la forma en que se daba el comercio del sexo. Había una especie de “tanguis”, una serie de cuartuchos, hechos con tablas y cartones, con “puertas” de tela —¿cortinas?— con una cama al interior y ahí entraban las parejas a cumplir su cometido, a tener relaciones sexuales por las que habían pagado. Pero uno, o la siguiente pareja —ya que en ciertos momentos no eran suficientes los “cuartos”— podía asomarse por la cortina o por arriba de los “muros” para observar en qué fase del acto se encontraban los ocupantes del “cuarto”, para así saber cuánto esperar; si iba a ser con la misma chava o si ya se contaba con la que se realizaría la siguiente sesión... Otros “puestos” en el lugar, eran cantinas, venta de fritangas y cosas por el estilo. Todo improvisado, pero con mucha clientela.

— 0 —

Algo más también del Balsas que deseo comentar es que en ese entonces, 1964, Norberto pretendía a Silvia, el amor de su vida, y a ella no le desagradaba la idea...poco después se casarían. Así que como era el menos desafinado de los tres, acompañaba a Norberto y Jonathan a llevarle serenata a Silvia, ahí en el Campamento de Infiernillo, Guerrero, y de paso le cantábamos a Lorena.

Poco después, el día en que me casé por la iglesia, como mis padrinos de velación —únicos padrinos en ese entonces— llegaron tarde, fueron Norberto y Silvia quienes nos prestaron sus anillos para la ceremonia. Ellos se habían unido en matrimonio poco antes que nosotros. Hablo de hace apenas unos 47 años.

Una pequeña semblanza de Norberto González Crespo: compañero, amigo entrañable

*Noemí Castillo Tejero**

Conocí a Norberto a mediados de los años sesenta, cuando trabajábamos en el Departamento de Prehistoria del INAH bajo la dirección del Arqlo. José Luis Lorenzo, éramos un grupo de arqueólogos jóvenes

Con mucho entusiasmo sentíamos la arqueología en la piel y el deseo de realizar trabajos arqueológicos que trascendieran, a todos nos entusiasma la arqueología de campo y así estábamos dispuestos a salir a donde se nos indicara

La relación de quienes laborábamos en el Departamento de Prehistoria se destacó por la camaradería, tanto en la investigación como en lo personal, y así recuerdo que muchas veces después del trabajo, que por cierto no tenía horario pues llegábamos temprano en la mañana y ya tarde nos retirábamos, este grupo estaba constituido por compañeros como Lourdes Suárez, Ángel García Cook, Luis Torres, Francisca Franco Jaime Litvak, Rafael Márquez, Laura de la Cadena, Lorena Mirambell y posteriormente entraron otros compañeros como Guadalupe Mastache,

Debo mencionar que el Departamento de Prehistoria inicialmente fue fundado por el Dr. Pablo Martínez del Río, pero cuando José Luis Lorenzo se encargó de la jefatura del mismo se dio impulso a la investigación, además de que a iniciativa del Prof. Lorenzo se crearon los laboratorios, lo que ahora es la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico de la DEA; su idea era que especialistas de otras ramas de la ciencia como geólogos, botánicos y químicos colaboraran en las investigaciones arqueológicas.

Este grupo de investigadores jóvenes, que laborábamos en el Departamento de Prehistoria por nuestros intereses afines, formamos un grupo selecto de jóvenes arqueólogos como miras muy futuristas, con intereses diversos en ciertas ramas de la arqueología, que después nos sirvieron

* DEA, INAH.

cuando por necesidades de trabajo muchos, por no decir la gran mayoría, pasamos a laborar a otras dependencias de INAH

Norberto siempre fue de carácter amable, muy buen compañero y amigo, su amistad iba más allá del trabajo, en muchas ocasiones después de trabajar nos juntábamos para ir a jugar frontón, o simplemente para platicar.

La amistad no sólo era de oficina, sino en la vida personal y tuvimos la oportunidad de conocer a su padre, que por cierto tenía un restorán muy importante por sus platillos, se llamaba El Grillón en la colonia Nápoles, como su herencia española se dejaba ver en muchas cosas, pero sobre todo en el buen comer, y en más de una ocasión nos decía vamos a comer aquí cerca en el centro a una fondita, para variar de la comida de mi papá.

Mi amistad con Norberto se acrecentó cuando se casó con Silva Garza Tarazona, amiga entrañable de la cual, como Norberto, sólo tengo recuerdos amables.

Durante nuestra estancia en el Departamento de Prehistoria se llevaron a cabo los trabajos de salvamento en la Presa El Infiernillo, fueron trabajos de más de seis meses agotadores para algunos de los arqueólogos que en esta investigación participaron, como el caso del Arqlo. Angulo, hay que destacar a Norberto, Ángel y Silvia, cuyo trabajo era agobiante y creo que de todos los arqueólogos que estuvieron en Infiernillo éstos arqueólogos fueron los que demostraron más fortaleza para aguantar el agotador clima, esto lo sé porque, entre otras cosas, el Prof. Lorenzo me enviaba regularmente en el avión de la CFE para saber cómo estaban los arqueólogos en cuanto a sus relaciones personales y su estado físico, pues realmente el clima era agotador. Con gran orgullo puedo decir que los que siempre realizaron sus trabajos a pesar de las vicisitudes, con vigor y entereza fueron Norberto, Ángel y Silvia.

Cuando me fui a trabajar al Museo de Antropología, Silvia también trabajaba ahí, somos todavía buenas amigas y el cariño por ellos que siempre he tenido está en mi corazón desde siempre, tanto así que tuve la fortuna de que me escogieran como madrina de su hijo Ian.

Durante un tiempo que Norberto estuvo de jefe de Arqueología en la Universidad de las Américas en Cholula, Puebla, también colaboré con él cuando exploraron por parte de la Universidad en la zona de Manzanilla y analizamos los materiales durante el curso de Métodos Arqueológicos III que él impartía, cuyos resultados sirvieron para el informe a Consejo.

Posteriormente se fueron Norberto y Silvia a trabajar al Centro INAH Yucatán y a pesar de la lejanía siempre estuvimos en contacto tanto personal como académico; en más de una ocasión fui invitada por el Centro INAH en sus congresos internos, además de colaborar con él y el Centro INAH para algunos peritajes principalmente el de la colección de Barbachano, que era muy importante pero apoyados en la ley del 1972 sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas Históricas y Artísticas, que ya estaba en funciones, logramos que las piezas no salieron del país.

Una de las anécdotas que creo interesante mencionar es que en nuestra época no éramos muchos los arqueólogos jóvenes de INAH, existían dos grupos: los que se decía que éramos del grupo de José Luis Lorenzo y los que eran de Piña Chán; los de Lorenzo éramos los que seguíamos a Gordon Childe y los de “campo“ eran los de Piña Chán.

En realidad no existía rivalidad entre los grupos; alumnos de Lorenzo éramos la que escribe, Lorena Mirambell, Ángel García Cook, Lourdes Suárez, Jaime Litvak; los del grupo de Piña Chán: Silvia Gaza, Víctor Segovia, Marcia Castro Leal, Roberto Gallegos, entre otros. Pero la rivalidad era ficticia, tanto así que precisamente Silva Garza era del grupo de Piña Chán y Norberto González, del grupo de Lorenzo, se casaron.

Norberto el arqueólogo tiene que ser reconocido por sus trabajos académicos, y creo que uno de los más importantes, que todos recordamos, fue el ser director de uno de los macro proyectos de la época salinista, el Proyecto Xochicalco, en el cual se desempeñó con éxito, es tal su importancia que aún sigue dando frutos la información recabada

Durante la época de Teresa Franco como directora general de INAH Norberto González fue nombrado presidente de Consejo de Arqueología y director de Estudios Arqueológicos.

Como director de Estudios Arqueológicos, a mi manera de ver y como investigadora de la DEA, considero que ha sido una de las etapas mejores en cuanto a la comunicación entre autoridades e investigadores que hemos tenido, donde la investigación era prioritaria.

Tuve el honor de que me invitara a colaborar con él como subdirectora, pero le rechacé por dos razones: una ya había tenido demasiados años de jefaturas, y si pedí mi cambio a la DEA era para poder hacer investigación de campo como hasta ahora lo hago, por eso regresé a la infantería; y la segunda era que siendo investigadora del SNI desde su fundación en 1984, no me convenía el sueldo. Él lo entendió y me apoyó en todos mis trabajos de investigación durante su gestión como director de la DEA.

De regresó a sus investigaciones en Morelos y hasta el momento de su partida, nunca dejó de trabajar; tenía toda una vida profesional por delante y mucha información que no había dado a la luz.

Norberto: dejas herencia cultural y cariño a los que te estimamos y nos duele tu partida, está tu herencia académica para los amigos e investigadores, y tu herencia familiar son Silvia, tus hijos Norberto e Ian, además de tus nietos.

Norberto González Crespo *In Memoriam*

Jesús Mora Echeverría

Conocí a Norberto en el año 1965, en la zona arqueológica de Palenque. Eran las dos o tres de la mañana y recuerdo que caía un aguacero torrencial cuando escuché la voz estentórea que exclamaba: “¿Están bien? ¿Necesitan algo?”. Se dirigía a nosotros, los cuatro estudiantes que pernoctábamos en la pequeña cabaña localizada a la entrada del sitio (Emilio Bejarano, Rafael Abascal, Patricio Dávila y el que escribe), pero ninguno tenía la menor idea de quién era el personaje que gritaba ni el motivo de sus preguntas. Con cierto recelo abrimos la especie de puerta, que de por sí amenazaba con ceder ante la fuerza de los toquidos, y nos encontramos ante un hombre joven, barbado, empapado hasta los huesos, que portaba rifle al hombro y lámpara de carburo en la frente. Nos dijo: “Soy Norberto, les traigo algo

para comer y un poco de café”. Un acto sencillo, que reflejaba —sin duda alguna— la inevitable preocupación que Norberto siempre tuvo por el bienestar de los demás; incluso por el de ilustres desconocidos, como era el caso.

Al día siguiente nos dedicó un par de horas. Por medio de Efraín —custodio de Palenque que nos pidió santo y seña para permitirnos pernoctar algunos días en la zona— Norberto se había enterado de que éramos estudiantes de la ENAH y estábamos ahí por “viaje de estudio”. Nos dijo que era arqueólogo y que formaba parte del personal enviado por el Departamento de Prehistoria para tomar muestras de la flora y capturar algunos ejemplares de fauna menor (de ahí lámpara, rifle y madrugada). Seguramente pusimos cara de *What?*, pues en seguida agregó que se trataba de incrementar las colecciones de comparación de los laboratorios de paleobotánica y paleozoología del citado departamento y nos explicó, en forma breve pero con detalle suficiente, la importancia de tales colecciones para la identificación de restos arqueológicos y sus implicaciones para el conocimiento de cuestiones sociales y otras relativas al paleoambiente. Yo estaba fascinado, pero no sólo por el panorama de una arqueología sistemática y con pretensiones científicas (eran los años 60), también por el personaje que lo pintaba.

Fue hasta el año 1967 que volví a encontrarme con Norberto. Llegó a la ENAH buscando un par de estudiantes que quisieran participar en el proyecto de salvamento arqueológico originado por la inminente construcción de la Línea 1 del Metro. En ese entonces, los trabajos de salvamento también los efectuaba el Departamento de Prehistoria, a través de una sección específica que con el tiempo dio lugar a la actual Dirección de Salvamento Arqueológico. Norberto había participado ya en trabajos de esa clase, en algunas presas, y quizás por ello fue designado por el Prof. José Luis Lorenzo como “Encargado del Proyecto Metro”. Desde luego que acepté su invitación y junto con Rafael Abascal colaboramos con él durante varios meses, hasta que el “encargo” le fue retirado para que se dedicara por completo a la terminación de su tesis de grado: “*Patrón de asentamiento en el Balsas Medio*, un ensayo metodo-

lógico”. El proyecto quedó entonces a cargo de Raúl Arana y Gerardo Cepeda.

La experiencia de trabajar con Norberto fue interesante y valiosa para nuestra formación profesional; además, se trataba de un proyecto de salvamento arqueológico urbano de enorme envergadura, en rigor, el primero de ellos. A Norberto le tocó elaborar el plan general de salvamento y llevarlo a la práctica, pero, por la razón expuesta, sólo pudo realizarlo en la fase de excavación de las trincheras para el colado de los muros Milán, en un sector de la Línea 1 (Merced-Balderas, si mal no recuerdo). Como producto de su participación, en algún lugar del INAH deben estar —espero— los 500 o más cortes estratigráficos detallados y algunos cientos de bolsas de material arqueológico registrado en cada capa, incluyendo el de contextos contemporáneos. Por cierto, acerca del registro minucioso de estos últimos (que a algunos arqueólogos visitantes les parecía sin sentido, por completo inútil), recuerdo que Norberto nos decía algo así: “Muchachitos, la red de drenaje, el cableado, los pavimentos, las botellas de refresco, las corcholatas —etcétera— también son parte de la historia de la ciudad de México; no hay razón para que hagan su registro con menor cuidado que el de contextos coloniales y prehispánicos. Así que vamos a trabajar bien”.

Durante el proceso de salvamento se dieron algunos incidentes que pintan a Norberto de cuerpo entero; recuerdo en especial el siguiente caso de “divulgación científica *a fortiori*”, como lo denominamos cuando sucedió:

Habíamos terminado el dibujo estratigráfico de un sector de la trinchera y nos encontrábamos colectando el material de un basurero colonial, que incluía un par de lebrillos y una bacinica completos. Ya era costumbre que los transeúntes se aproximaran a la enorme zanja para observar lo que hacíamos; sin embargo, en esa ocasión la persona curiosa resultó ser una señora que con voz chillona gritaba a los cuatro vientos: “Encontraron oro, se roban el oro...”. Su llamado fue atendido, pues en pocos minutos había 20 ó 30 personas que por su parte gritaban: “rateros”, “agárrenlos”, “no los dejen ir”. Debo suponer que el rumor de lo que ahí pasaba se corrió rápidamente, porque llegó un *jeep* del Departamento del

Distrito Federal —aquellos de color gris— que se estacionó sobre la calle Isabel La Católica, justo donde terminaba la trinchera. Como uno de los policías nos llamaba a señas con inusual insistencia, nos pareció evidente que habían llegado a “rescatarnos”.

Norberto nos pidió calma y en fila india caminamos hacia el *jeep*, él adelante, con bacinica en mano, Rafael y yo con los lebrillos. La gente nos seguía desde el borde de la excavación y sus gritos no mermaban. Así las cosas, cuando llegamos al final de la zanja Norberto saltó con todo y bacinica hasta el nivel de la calle y casi simultáneamente al techo del *jeep* (para él esta clase de acrobacias siempre fue juego de niños), desde ahí se dirigió a la “amable concurrencia” y con tono muy enérgico les espetó: “A ver, muchachitos —expresión que usaba a menudo— No encontramos oro, lo que estamos haciendo es...”. Y en diez o quince minutos les explicó el porqué de nuestro trabajo y la importancia que podía tener para el conocimiento de la historia de México. Terminó su eficaz conferencia vaciando ante el público la tierra que contenían los lebrillos y la bacinica. Recuerdo bien que algunas personas se le acercaron para disculparse y muchas más se retiraron apenadas.

Cuando Norberto terminó su participación en el Proyecto Metro —y así la mía— lo dejé de ver un par de años, salvo saludos ocasionales en la ENAH o en el Museo de Antropología. Fue en 1970 cuando me invitó a colaborar en otro salvamento arqueológico, ahora en la presa La Angostura, en Chiapas, específicamente durante los tres meses programados para recorrido de superficie. Me citó en su oficina del Departamento de Prehistoria y ahí me explicó el programa de trabajo y señaló con precisión el compromiso y la responsabilidad que yo adquiriría al aceptar la participación. Como ya contaba con los resultados de la fotointerpretación y los mapas correspondientes —labor realizada por el propio Norberto y Rafael Abascal, quien ya trabajaba en el citado departamento, al igual que Patricio Dávila— solo me encomendó leer de inmediato las publicaciones de la NWAf concernientes a la zona de estudio, poniendo especial énfasis en que me aprendiera la cronología regional y los materiales “diagnósticos”. Norber-

to también era un excelente topógrafo y en el proyecto se tendría que hacer topografía, así que examinó mis conocimientos en la materia y en un par de días me enseñó el manejo de la “alidada autoreductora”, instrumento de avanzada en ese entonces.

El director oficial del Proyecto Angostura era Ángel García Cook, pero fue Norberto quien fungió como tal en los hechos. Como dice el mismo Ángel, su nombramiento fue más bien honorífico, pues tenía que viajar a Perú en un mes escaso para integrarse al Proyecto Ayacucho de Richard McNeish. Así, Norberto se encargó por completo del proyecto y coordinó el trabajo conjunto que se realizó con la NWAf, entonces dirigida por Gareth Lowe. Fueron tres meses de trabajo intenso (con Norberto no existía otra posibilidad) y aprendí mucho de él. Desde luego, todo lo relativo a la estrategia, técnicas y práctica concreta de la prospección arqueológica —que en eso consistía el trabajo—, pero también acerca de múltiples y diversos aspectos de la arqueología y disciplinas auxiliares que gustaba de conversar y discutir, a veces con buen trago en mano. ¿Y por qué no?

Al terminar la prospección arqueológica Norberto, Patricio y yo elaboramos el informe técnico que sirvió de base para plantear la primera temporada de excavación y para solicitar a la CFE los dineros para desarrollarla de manera eficiente. Esto sucedió en 1971 y Norberto estuvo a cargo de las primeras excavaciones, pero, por razones que desconozco, al poco tiempo regresó a México y dejó de trabajar en el Departamento de Prehistoria. Fue en este centro de trabajo donde desarrolló la primera etapa de su vida profesional (1962-1972) y donde se acostumbró a realizar la investigación arqueológica de manera colectiva e interdisciplinaria. Siempre procuró que fuese así —me consta—, pero la creciente burocratización del INAH y la ignorancia enciclopédica de algunos directores y sus arrodillados le impidieron llevarla a la práctica plena en casos recientes.

Norberto se había ido a la Universidad de las Américas como profesor de tiempo completo, regresó al INAH en 1973 y básicamente se dedicó a aplicar su enorme experiencia y conocimientos al apoyo de múltiples proyectos arqueológicos, así como a la organización académica de diversos

centros de trabajo. Fue director del Centro Regional del Sureste (1973-1982); director del Centro Regional Morelos (1982-1992); director del Proyecto Xochicalco (1992-2011); también presidente del Consejo de Arqueología (1995-1996), cargo del que fue removido por Teresa Franco cuando no se prestó a ciertas jugarretas en perjuicio de la arqueología. Continuó como director de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico (1995-2001), y ahí fue donde tuve el privilegio de colaborar nuevamente con él. Al terminar su gestión en la DICPA Norberto regresó definitivamente a Morelos como profesor-investigador y siguió a cargo de su amado Proyecto Xochicalco. Nunca más lo volví a ver, aunque tenía noticias suyas por medio de amigos en común. Así me enteré de que estaba gravemente enfermo y un poco después, de su lamentable fallecimiento. Lo vamos a extrañar. Que descanse en paz, allá, en el cielo reservado a los guerreros.

